

CUENTOS MALAGUEÑOS

TRATO HECHO

Antonio el *Moreno* se dirigió á la mesa junto á la cual está el *Pelirrojo*, y sentándose junto á éste, no sin antes golpearle afectuosamente, con una mano, en el hombro, exclamó, dirigiéndose al mozo de *Los Leones*, que, reclinado contra una de las cuarterelas y con los brazos cruzados sobre el pecho, entreteníase en silbar uno de los tangos más en boga.

—A ver, tu, Isidoro, café pa mí y unas copas de veneno pa la compañía.

El *Pelirrojo* permaneció, grave y circunspecto, sin abrir los labios, como era en él casi sistema, y sólo cuando Isidoro hubo colocado delante de él los nuevos muletos de aguardiente, dignóse preguntar, con voz campanuda, al recién llegado:

—Qué, ¿cerraste por fin el trato con el de Osuna?

—Cá, señó Curro; pos no está ese gachó mu dequívocallo, camará; usté supóngase que, el mu alma mía, se me ha dejao caer ofreciéndome por los seis muletos y los dos potros dos mil pesetas, cuando las dos mil pesetas, como usté sabe mu requetebién, lo valen na más que el pasarle las manos por las ancas.

—Sí que los bichos valen lo suyo—dijo el señor Curro, con acento reposado,—y yo creo que el hombre subirá la tara y arrematará por llevarse los; pero es que como está tan á gusto aquí, pos es natural, ese tira y alloja que se trae contigo le sirve al hombre de pretexto pa no izar el ancla de esta badía.

—¿Y él qué interés tié en no izar el ancla de esta badía?

—¡Pos ni que tú vivieras en la luna! Pos si toito er mundo sabe que el gachó está una miaji-

ta ilusionao por la Lucésita, la novia de tu compadre Antónico el *Tarambana*.

—¿Por la novia del *Tarambana*?—exclamó, mirando lleno de inquietud al *Pelirrojo*, el *Moreno*.

—Por la misma, y lo más peor no es que él esté por ella una miajita ilusionao, sino que, según parece, á ella no le pone él tampoco la boca amarga, y pa mí que si el de Osuna no agüeca pronto el ala de aquí, va á tener tu compadre que tomar la mar de Zarzaparrilla de Bristo.

Cuando una hora después penetró en su casa el *Moreno*, iba con el entrecejo fruncido y la cara para que nadie intentara pedirle un favor.

—¿Qué es lo que te ha pasao á tí, so mal ange, que traes una cara que ni pintipará pa que yo pía el divorcio?—le preguntó su mujer, la cual, con las mangas arremangadas y dejando ver, por tanto, desnudos sus brazos redondos, y tan nítidos que dejaban transparentar las azules venas; y sus pies, de indiscutible abolengo andaluz, empleábase en tender la ropa, recién lavada, que iba sacando de una canasta.

Antonio el *Moreno*, que al penetrar en el patio lo primero que había hecho había sido quedarse en mangas de camisa y sentarse en una vieja mecedora, no se dignó contestar á la pregunta de su bizarrísima consorte, y, durante algunos minutos, permanecieron ambos silenciosos.

El patio presentaba un risueño golpe de vista con sus bien cuidados arriates, que la mano de Mariquita cuidábase de limpiar de hojas secas y de flores mustias, y que sus desvelos habían convertido en reducidos verjeles, en que imperaban las notas de rubies de los geranios y las no menos purpúrias de los claveles de bengala; un á modo de tapiz de enredaderas vestía la parte

más ruinosa del muro, donde ponían una nota de intensa poesía las azules campanillas; un carambuco lucía, en uno de los extremos, sus áureos botones, y en otro, un jazmín lucía sus flores perfumadas; en el centro del patio, y sobre el carcomido brocal del pozo, goteaba el cubo, pendiente de una garrucha, y junto al brocal, sobre un tenderete de pino, el enorme lebrillo de lavar, aún lleno de jabonosas y espumantes aguas, hablaba elocuentemente de la indole pulcra y hacendosa de Mariquita.

—¿Conque no se pué saber—preguntó ésta—qué malita yerba ha sío la que ha pisao hoy el hombre más pelmazo y más guasón que ha puesto un *divé* en este valle de lágrimas?

Sonrió Antonio, y como ya sentía hervirle en el corazón lo que tanto le preocupaba, y como no se sentía nunca á gusto hasta confiar cuanto pensaba y sentía á su compañera,

—Cállate tú, chiquilla—exclamó con acento malhumorado;—que acaba de decirme una cosa el señor Juan el *Pelirrojo* que me ha puesto la boca más amarga que la tuera.

—¿Y qué ha sío lo que te ha dicho esa carrotá de años y de güesos y de malas intenciones?

—Pos lo que me ha dicho ha sío... Tú sabes mu bien lo que yo quiero á mi compadre, Antónico el *Tarambana*.

—Vaya si lo sé; preguntámelo á mí, que cuasi tuve que peirle por la Pastora Divina que no me pusiera chinitas en el camino, cuando tuve el mal gusto de consentir en ser yo la que te llevara y la que te planchara y la que te espulgara y la que te zurciera toas tus prendas interiores.

—Y tú sabes—continuó el *Moreno*, sin parar mientes en las palabras de su mujer—que si Antonio ha dío á Córdoba no ha sío más sino porque yo se lo peí por favor, pa que me arreglara una chapuza que yo tenía por arreglar con los *Mellizos* de Tebas.

—¿Pos no lo he de saber, qué gracioso que eres tú; no lo he de saber, si me jiciste que te emprestara los cuatro chavicos que tenía yo arremontados, pa pagarle á tu compadre el viaje, porque aquel día estabas tú con más boqueras que un mirlo?

—Y que de eso te puéas tú quejar, salero, cuando eres peor que nadie pa las gabelas.

—¿Y el peligro que corro yo de que no me pagues? ¿No ves tú que si te cito á juicio no me va á querer servir el Juzgao?

—Güeno, dejemos eso y vamos á lo que más interesa, ó sea á lo de mi compadre, al que me parece que le voy á poner una parte pa que se venga ensegüa.

—¿Pero, eso por qué?

—Pos por una razón mu sencilla; porque, según me acaba de decir el señor Juan, Pedro el de Osuna, el que ha venío á ver si pué arrecoger los seis muletos y los dos potranquillos, anda dándole coba á la Lucésita, y como la Lucésita, sin ser mala, le gusta más el *chufleo* con los hombres que á tí mirarte en los ojos é mi cara...

—Josús, María y José, ya ves, por tu causa me he costipao.

—Pos bien; conforme te diba diciendo, como si mi compadre ha dío á Córdoba ha dío por mo de mí, pos es naturá, estoy que me ajogo con un soplio.

—¿Y qué curpa tiées tú que á la Lucésita le gusta más que el turrón que la miren y la *chufleen*?

—Sí, pero es que yo sé que mi compadre está más loco que un cencerro por la Luz, y si vié y se trompieza con que el de Osuna le jace musarañas á su jembra, es mu posible que al hombre le dé la picá, y ya sabes tú lo que es el compadre cuando le da la picá, que dos picás que le han dao en su vía, una le costó estar tres meses y pico en el hospital y la otra una temporá en el Peñón de la Gomera.

—¿Y qué quiées tú jacerle, qué curpa tiées tú de to eso, si es que pasa?

